

está seguro de que sea Siona: sólo *sintió* a la Siona revolviéndole los baúles: no la *vio*. Así que la base de su acusación es completamente arbitraria y subjetiva; es una conjetura, posible y muy probable, pero que no queda comprobada por el testimonio presencial de Nazarín. Las mismas dudas que expone *Chanfaina* no le obligan a cambiar su opinión. Dice ella: «¿Está seguro de que fue la Siona quien le ha robado?» (1683); pero Nazarín no puede dudar de sí mismo y repite con convicción: «Ha sido la Siona. No hay que echar la culpa a nadie más que a la Siona» (1683). No viene al caso el que después, en la segunda parte, *Andara* le revele a Nazarín que la *Siona* era la culpable. De momento, Nazarín no sabe si es verdad o no su presunción y por eso no debiera haber dicho categóricamente que no le cabía ninguna duda en el asunto. Igual que el narrador, quiere llegar a la verdad total, pero sin reconocer que su visión de ella sea muy parcial, reducida, y que no pueda ser exacta ni total. Vamos a ver más adelante cómo esta confianza inquebrantable es producto de un amor propio algo excesivo, una fe ciega en su misma superioridad como ser humano.

Es un buen logro artístico de Galdós. Este pequeño episodio nos advierte que Nazarín no es persona confiable en cuanto a su apreciación de la realidad de los hechos físicos. ¿Cuánto más confiable podrá ser en sus teorías e ideología, que se deleita en exponer ante el narrador y el reportero? Otra vez se destaca la confianza absoluta en su propia visión, aquí ideológica: «Todo lo que sé, bien sabido lo tengo, y en mis convicciones hay una firmeza inquebrantable» (1686). Y estas ideas tienen base en la experiencia, la realidad concreta cotidiana, como nos lo afirma en su famosa filípica contra los libros publicados. Pero su experiencia o su «conocimiento de los hombres y [...] la observación de la sociedad y de la Naturaleza» (1686) son, como se ha visto, muy cuestionables. Entonces, ¿cómo se va a aceptar el armatoste de sus ideas, que forman el centro de interés ideológico del libro? En mi opinión, Galdós se propone en esta primera parte hacer resaltar bases débiles y egoístas de la doctrina nazarista. A diferencia del narrador, Nazarín concede la posibilidad de otras perspectivas: «Si mira usted las cosas desde el punto de vista en que ahora estamos, claro que parece absurdo, pero hay que colocarse en las alturas, señor mío, para ver bien desde ellas» (1685). Pero se aferra a su propia visión exclusiva, por puro gusto, por amor propio. Así se agrava el error que ya ha cometido. Rechaza la verdad de otras versiones de la realidad sin razón lógica. Ahí está la dificultad. Lo indudable es que en este momento inicial Galdós demuestra que la seguridad de Nazarín

está equivocadamente fundada y que, en efecto, Nazarín y el narrador son de la misma estirpe. Lo irónico de esta primera parte es que una persona tan segura de sí misma como Nazarín confunda por completo a otra de igual confianza en sí misma. No comprende el narrador que Nazarín es, hasta cierto punto, reflejo de él mismo; no aprovecha la oportunidad de moderar, rectificar su visión deformada y deformadora. Incluso revela cierto optimismo en la realización de su empresa: «¿Qué será? Creo que tratándole se ha de saber con toda certeza» (1683). Pero al final, después de tanto pensar en el cura, el narrador reconoce su desconcierto completo: «¿Concluí por construir un Nazarín de nueva planta con materiales extraídos de mis propias ideas o llegué a posesionarme intelectualmente del verdadero y real personaje? No puedo contestar de un modo categórico» (1691). En tal estado de confusión o trastorno cerebral, hasta qué punto se le puede creer cuando insiste en asegurarnos inmediatamente después de esta frase que «sí respondo de la exactitud de los hechos. El narrador se oculta. La narración, nutrida de sentimiento de las cosas y de histórica verdad, se manifiesta en sí misma *clara, precisa, sincera*» [el subrayado es mío] (1691). Las tres palabras finales: «clara, precisa, sincera» nunca se podrían aplicar a la versión de la realidad que nos presenta el narrador en la primera parte. Y además él no aporta ninguna evidencia para probar esta declaración final. En realidad, es el mismo narrador de antaño, o sea, del principio del libro, hombre que porfía en creer que él sabe la verdad del asunto sin probarla y sin darse cuenta de que se está contradiciendo con las mismas palabras que pronuncia. Al salir de esta casa de huéspedes tan fantástica, nos dice simplemente que el alto Madrid al que se dirigen él y el reportero es «otro pueblo de mejor fuste» (1690), a pesar de que se ven máscaras por todas partes, lo mismo que en la vivienda de *Chanfaina*. Uno no puede por menos de preguntarse: ¿cómo lo sabe él si las apariencias son las mismas? Ni siquiera sabe la cantidad de dinero que dejan en la mesa él y el reportero para aliviar las necesidades materiales de Nazarín: «Mi amigo y yo habíamos dejado sobre la mesa algunas monedas de plata que ni siquiera miramos, incapaces de calcular las necesidades de aquel ambicioso de la pobreza: a bulto nos desprendimos de aquella corta suma, que en total pasaría de dos duros sin llegar a tres» (1688). Así que está seguro de algo negativo, pero no de nada positivo. Ahí está la característica esencial de este narrador algo engorroso: pretende ser el cronista de la verdad, pero no lo es. Lo peor es que no se da cuenta de su visión defectuosa y que sigue empeñado en la exactitud de ella. En resumidas cuen-